

1680. Á ese pueblo perteneció la visita del de San Bartolomé que tiene iglesia y está en la cima de un cerro, allí cercano y á corta distancia se encuentra el monte llamado Teuhtli, con un criadero de azufre que se ha explotado en otras épocas.

AMECAMECA.—AMECAMECAN.¹

(Lugar ó rio de magueyes.)

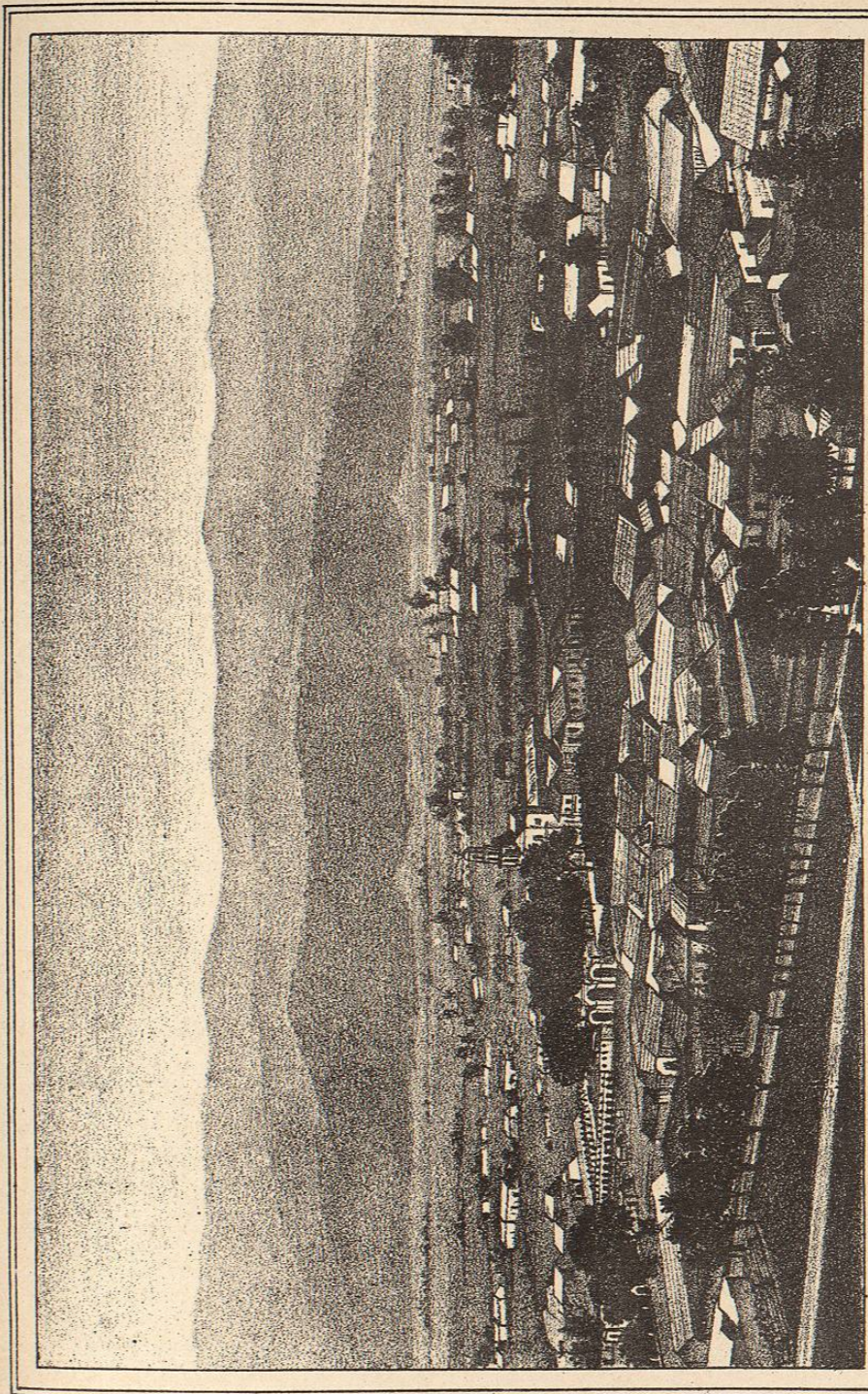
En cierta época del año es general la exclamacion del público en esta capital: «¡Vamos al Sacro-Montel ¡á Amecameca!» y por las calles del Oriente, que ántes aparecian tan sùcias y descuidadas, se desborda la multitud hácia aquel Santuario que ya hoy ha venido á ser pueblo de los alrededores de México y por cierto el mas pintoresco. En dos horas á lo mas, despues de pasar los pueblos de los Reyes, Ayotla, Santa Marta, y de dejar á Chalco á la derecha, llevando siempre los volcanes al frente ó al costado izquierdo, se salvan los pueblos de Temamatla y Tenango del aire y se detiene el tren en la pintoresca aldea.

Desde la salida de México se goza de un paisaje muy variado, espléndido y exhuberante en bellezas naturales; por un lado las casas, templos y torres de la Villa de Guadalupe, levantándose sobre un escalon de la cordillera del Valle; por otro las haciendas y pueblitos de indígenas, y mas léjos las aguas de la laguna de Texcoco, en que se reflejan los rayos purisimos del sol naciente; un poco mas al Oriente los magníficos volcanes del Popocatepetl y el Ixtlachiuatl; al Sur las cordilleras del Ajusco en cuyas faldas reposa la multitud de poblaciones que por ese lado embellecen el paisaje, resaltando mas la montaña por ser estéril la llanura que recorre el tren, sin accidentes y cubierta con tequesquite, sobre el cual de trecho en trecho aparecen algunas yerbas amarillentas. Se deja á los lados el Peñon de los baños, la colina de Itztapalapa, célebre por ser el lugar en que se verificaba la secular renovacion del fuego sacro en la época de la gentilidad; el Peñon Viejo donde se fortificaron los guardias nacionales de la capital en la época de la invasion norteamericana, en 1847, cuando la mas florida juventud mexicana componia los batallones Hidalgo y Victoria; allí sobre la cima de aquel cerro se decia la misa, las músicas militares rompian el viento con sus ecos y arrodillado el ejército pedia á Dios la victoria y la prosperidad de la Patria; allí estuvieron los generales Santa-Anna y Bravo con su brillante séquito, allí se alimentaron mil esperanzas, fomentando bellas ilusiones de contener al invasor, desvanecidas cuando éste no atacó sino que se dirigió hácia el Sur y el Poniente del Valle, buscando las alturas mas cercanas y dominantes de la capital.

Se detiene el tren en Ayotla, pueblo arenoso, muy extenso, cuyo comercio prin-

(1.) Se compone de las voces "Amecatl" rio, "metl" maguey y "can" postposicion que significa lugar.

México Pintoresco. — Tomo II = Alrededores de México.



Panorama del Pueblo de Ameca-mecca.

LITOG. DE MURGUITA 668

V. GARCEA DIB.

cipal consiste en pescados de la laguna, requesones, aceite y aceitunas de sus numerosos olivos; porcion de vendedores ofrecen al viajero tortillas enchiladas, tamales y frutas, segun la época del año, siendo notables los hermosos y dulces higos; desde que á causa del ferrocarril de Veracruz desapareció el camino carretero, son mas determinadas en Ayotla las señales de abandono y pobreza que ni la vía férrea de Morelos ha podido borrar. Casi frente á Chalco comienza á variar la vegetacion, cesa la esterilidad de la tierra, que ya ostenta flores y alegres sementeras.

En las llanuras se perciben las hondanadas, las gradaciones de luz en lomas y colinas, teniendo siempre todos aquellos paisajes por fondo la grandiosa perspectiva de los volcanes. Al llegar á Temamatla se encuentra el viajero un pueblecillo fértil y simpático que tiene poco mas de tres mil habitantes y Tenango es notable, con su estacion y su cantina, sus casitas de madera y el aspecto de un pueblo que se resguarda del aire que, tenaz y áspero, sopla constantemente, dando su nombre á la poblacion.

Á medida que el tren se acerca á Amecameca, crece colosalmente el Ixtlaciuatl, se presenta como inmenso bastion ó como enorme muger que reposa recostada en la nieve, vestida con el blanco hábito mortuorio; distínguese perfectamente la cabeza con la cabellera esparcida sobre la montaña, el pecho levantado y todas las demás formas que causan completa ilusion y como iluminando al cuadro, á manera de enorme candelabro, aparece el pico del Popocatepetl reverberando con el sol y esparciendo sus blancas faldas sobre pardas y gigantescas rocas. Al pié de los volcanes se presentan simétricos los trigales que contrastan con la faja tupida de cedros y pinos, que á lo léjos forman preciosas combinaciones.

Por fin se llega al Sacro-Monte; desde léjos se ve la amplia y sombría calzada que conduce al bosque delicioso de pinos, cedros y sabinos. La multitud de viajeros invade todo el recinto y se lanza por las quiebras y accidentes del cerro; se generaliza la animacion, la altura es coronada, recorrida y admirada en todos sentidos.

Á catorce leguas de México, está esa aldea de Amecameca, en donde se venera con el nombre del Sacro-Monte una imágen de Jesucristo, que lo representa en el sepulcro; siendo digna de notarse la conservacion de la imágen en un lugar tan húmedo en que se pudren pronto las sábanas de cambray. El rostro de la imágen está renegrido segun acontece con todas las antiguas, por el humo de las velas y el incienso.

Amecameca es célebre desde que residió en el cerro el ilustre fray Martin de Valencia, varon justo, modelo de virtud, uno de los doce religiosos franciscanos que vinieron en los primeros dias de la conquista, trayendo ya la fama de rectitud y santidad, distinguiéndose por su abstinencia, cilicios y azotes; era amigo y padre de los indígenas; tan dulce en su trato con los demás como severo consigo, fué amparo del débil y escudo del vencido, siempre caminaba á pié y muchas veces descalzo, gustaba mucho vivir en la cueva del Sacro-Monte donde encontraba solaz y daba pábulo á sus inspiraciones.

Casi en el centro de la población de Amecameca está el cerro, cubierto todo de hermosos cedros y precedido de una bella calzada que parte desde la plaza del pueblo. En lo alto del cerro aparece la hermosa é histórica capilla en que se venera la imagen del Santo Entierro, llamada del Sacro Monte; es un templo situado de Oriente á Poniente y que tiene de largo casi treinta varas sobre doce de ancho, con la particularidad de tener junto una cueva abierta en el montecillo en que está situado el Santuario.

La calzada del Sacro-Monte, en fuerte declive, está sombreada por una arboleda frondosa y se prolonga hasta encontrar la alegre fachada del templo y las delgadas y bonitas torres; á un lado y otro de la calzada, se perciben muchas señales, entre ellas la gran cantidad de pelo que han dejado allí los indígenas que van á la romería de la cuaresma, pues hay la preocupacion de que quien no deja colgado algo en aquellos árboles, la pasa mal; en esa calzada se ponen en hilera los que en la feria que anualmente se verifica, componen el mercado de baratijas de todas clases, desde espjitos y calcomanías, hasta dedales y silabarios; las pulquerías y los puestos de mole y enchiladas, las fondas con adornos de banderitas tricolores y retratos de héroes de la Independencia. En aquel lugar se reúnen para comerciar, los días de la feria, los productos de la tierra caliente y los de la fria: el zapote borracho y blanco, el mamey, la chirimoya, la jícama, diversas clases de plátanos, las piñas y las naranjas, la caña de azúcar y el coco; hay dulces de muchas clases y trincheras de condumio de cacahuete. Desde la altura del cerro se percibe el pueblo en todos sus detalles.

La plaza de Amecameca, muy amplia, es un extenso cuadrado con su iglesia parroquial y jardín en el centro, casas consistoriales sobre elegante portal con balcones; hay otras casas altas y casi todas son de un piso, la plaza acusa una población de no escasa importancia, en la que hay regular tráfico y que está habitada por personas de cultura; hay hoteles y fondas de diversas categorías y las calles mal empedradas, se prolongan bastante, formando precioso panorama vistas desde el cerro, más que todo por la forma de las casas con negruscos y angulosos techos de tejamanil.

Desde la altura se perciben los lagos de Texcoco, Xochimilco y Chalco, reverberando con el sol como plata fundida, á veces teñidos de púrpura y siempre reflejando el azul de los cielos: los valles esmaltados con el verde de los trigales y maizales; más cerca los cuadros de labores del barrio de Panuaya; las calzadas sombreadas por hileras de árboles, las quintas, chozas y cabañas, las alegres capillitas centinelas de la fé en los campos; la parroquia, antiguo convento de dominicos, la extensa plaza, con su galería de portales y su jardín, forman magnífico conjunto que tiene por fondo ó por último término, la sublime perspectiva de los volcanes, siempre reflejando la blancura de la nieve. Aquellos paisajes llevan un tinte religioso, fantástico y animado, que se presta para la leyenda; frente á esos grandes cuadros de la naturaleza se sumergia en éxtasis y profundas contemplaciones, el virtuoso fray Martin de Valencia. Al pié del cerro se extiende la población como una

parvada de palomas ó un gran campamento militar. A medida que el sol se acerca á su ocaso, el cuadro que se desarrolla desde aquella altura cambia de forma, vaporesos celages y aun gruesas nubes vagan en el espacio, teñidas por el sol de rojo muy subido ó de color naranjado, unas grises, otras negras y algunas blancas cual copos de nieve, cambiando á cada momento su figura caprichosa.

La imagen del Señor del Sacro-Monte existe en aquel lugar desde el año de..... 1527; parece que es de cáñamo ó materia muy fofa y por eso pesa nada mas dos libras, siendo del tamaño natural de un hombre. En el interior del templo se admira un altar de mármol negro. La urna del Santo-Entierro, obra de los artistas Tangassi, es de mármol blanco, con cristales de muy buen gusto.

El templo está edificado en la falda del monte y se calcula en doscientas varas la elevacion que tiene sobre la plaza del pueblo; se asciende por una escala plana ó una rampa empedrada; tiene la calzada á uno y otro lado, ahuehuetes seculares, y se encuentra mas y mas espeso el monte, á medida que se asciende; cubren aquella calzada, en los días de la feria, imponentes oleadas de mas de cien mil visitantes llegados de pueblos diferentes; muchos millares de luces de todos tamaños brillan en el cerro la noche de la procesion y farolillos adornados con penachos de hilos de vidrio de colores, y atruenan el espacio porcion de músicas de viento; en el último descanso de la bajada, hay una capillita y allí se predica el sermón sobre la ceremonia de la ceniza.

Es extraordinario el número de personas que concurren á la romería, pero la mayor parte son indígenas, que literalmente cubren todo el terreno que hay disponible; otros van á establecer fondas, neverías, pulquerías y vinaterías; se venden frazadas y la palanqueta de cacahuete en huacales; loza ordinaria, petates y mucha fruta de tierra caliente.

Aquel lugar manchado por tanto tiempo con la sangre de víctimas humanas, que sacrificaban á repugnantes deidades, es objeto del culto esmerado de los devotos cristianos; allí los indígenas van á depositar su ofrenda, que consiste en una vela de cera cuyas dimensiones son proporcionales á la posibilidad del que la lleva; algunos suben la calzada de rodillas por cumplir la promesa que hayan hecho durante alguna enfermedad ú otra cualquiera calamidad, muchos se quitan las frazadas ó los rebozos y los tienden en el suelo, para que los penitentes pasen por encima, suavizándoles de esta manera la dureza del empedrado; en todo el trayecto, pero principalmente cerca de la iglesia, van quedando las ramas de los árboles cubiertas de trapos, señal constante de la supersticion en la mayoría de los indígenas. De trecho en trecho están de pié algunos ciegos, recitando en alta voz versos alusivos á la fiesta del Señor del Sacro-Monte, y sacan muy regulares limosnas de las piadosas romeras; tambien van á la fiesta danzas de indígenas cuya música y cantó son muy monótonos.

Á la sombra de los cedros se sientan en rueda los indígenas para tomar su frugal comida, las hembras enredadas en toscos lienzos de lana, cargando al chico en las espaldas; mas allá están las neverías, las fondas ambulantes, la roleta, el carca-